

Las vírgenes de aquí están todas de *grand tenú*; ninguna lleva el modesto manto de lana de la Virgen María, sino un riquísimo manto de terciopelo negro bordado de oro y de ocho varas de largo. Hay manto de esos que ha tenido de costo treinta mil pesos. Por supuesto que no hay virgen sin pendientes, anillos y sogas de brillantes; alguna de ellas está cubierta desde el cuello hasta los piés de piedras preciosas.

Un andaluz que oyó en la puerta de un hotel ciertos comentarios sobre este lujo, exclamó:

—¡Toma! pos no ven que la virgen está en su casa? Esta es la verdadera tierra de María Santísima.

La piedad flamenca tiene sus manifestaciones dilletanti. El paso de *los pasos* es frecuentemente saludado por coros espontáneos que salen de los espectadores, ya de un grupo de devotas, ya de hombres; estos cantos se llaman *saetas* y su letra es siempre una andaluzada á lo divino, muchas de ellas de un género netamente blasfemo.

Los cantos son alternados con gritos. Una voz estentórea grita ¡Viva la Virgen! y el pueblo responde ¡viva! como en un vítor.

Figuran en las procesiones, que duran tres días y una noche, no sólo los nazarenos ya descritos, sinó ángeles pedestres y algunas otras comparsas de centuriones, lujosamente ataviados, con enormes penachos de plumas de avestruz en forma de estrella en los cascos dorados; y como en Roma las centurias eran armadas y equipadas por el jefe, elegido siempre entre los potentados, aquí un centurión *post data* vendió una casa que tenía no para equipar soldados, sino para hacerse un traje de lujo que le costó cuatro mil pesos, y que tiene el gusto de ponerse cada año, para representar un personaje de hace diez y ocho siglos ¡qué más quiere!

El jueves y viernes Santo prohíbe la autoridad civil el paso de carruajes y tranvías; se alteran las horas de las comidas, en algunas casas no se guisa; en las fondas hay dos servicios: de carne y de vigilia, y todo

el vecindario, más los forasteros que son algunos miles están en la calle.

Como en la Semana Santa debe hacer calor las gentes toman toda clase de refrescos, pero principalmente toman agua, que es lo más natural y lo más barato desde Adán, y pululan en número infinito los vendedores de agua pregonándola con toda la fuerza de sus pulmones ¡agua! quién quiere agua! ¡Agua fresca (al calor del cuerpo) quién me llama, agua! agua! agua! y las gentes llaman á los aguadores y beben y pagan.

Por supuesto que en todas las iglesias, que son infinitas, como en todas las ciudades españolas, no se omite rito ni ceremonia religiosa en toda la Semana Santa, pero las procesiones les quitan la gente y los padres cantan y offician solos.

*
* *

Los forasteros que afluyen la Semana Santa á Sevilla de todas partes del mundo

entretienen el tiempo visitando los edificios notables.

La Catedral es uno de los monumentos que más llaman la atención. En 1401 el cabildo eclesiástico, en un arranque de fervor religioso, acordó: «*Hagamos una catedral que las generaciones venideras nos tengan por locos.*» No tardó más que un siglo en construirse, pues en 1506 estaba casi concluída; pero á los cinco años se desplomó la cúpula central, (el diablo de las prisas), que reedificada duró hasta 1888 en que se hundió de nuevo.

Hoy no se puede ver más que una parte de la catedral porque el resto está apuntalado y con andamios.

No obstante, se puede decir que es una catedral muy notable, edificada de cinco naves en la area que ocupó una mezquita. Su arquitectura es gótica pero con mezcla de los estilos ojival germano, greco romano y arábigo.

La giralda que sirve de torre á la catedral perteneció á la mezquita, y está cons-

truida por los árabes desde el año 1000 de la era cristiana.

El real alcázar construido por los moros fué el palacio de sus reyes, y después la residencia de los reyes católicos. Contiene obras de todas épocas especialmente del tiempo de D. Pedro el Cruel.

Está rodeado de muralla almenada, y en su arquitectura predomina el afligranado estilo árabe, refinado en algunas partes del edificio como en el salón de Embajadores, los patios de las doncellas, de las Muñecas y otros. Los moros tenían ocasión y espacio suficiente para darse gusto, y plantaron en el terreno adjunto al alcázar, espléndidos jardines en que predomina el naranjo, el arrayán, las rosas y las palmas; hay estanques y caprichosos juegos hidráulicos, que ya forman cascadas en paredes cubiertas de vegetación, ó ya forman bóvedas acuáticas que es el quitasol más fresco que pueda imaginarse; el arrayán, podado convenientemente desde el tiempo de los moros, forma los muros laterales de las calles del jar-

dín, donde también hay baños construidos en un subterráneo buscando el fresco del ambiente. No cabe duda en que los árabes sabían vivir y se procuraban todo lo que constituía su culto al placer.

Temeroso de hacer demasiado extenso este artículo, renunció á describir todo lo que ví que llenaría un volumen. No obstante debo mentar el palacio de San Telmo, propiedad y residencia actual de los duques de Montpensier, situado ventajosamente al lado del Guadalquivir, al frente del paseo de Cristina, al fondo y después de extensos y bien cultivados jardines, el prado de San Sebastián y el huerto Mariana. Es una verdadera residencia regia.

Y como mi intento es señalar lo que encontré de típico y característico hablaré de la Fábrica de tabacos; no por la importancia del vicio, ni por la suntuosidad del edificio, digno por cierto de mejor aplicación, sino por que la manufactura de cigarros tiene no poca importancia en las costumbres del pueblo de Sevilla.

Se reunen allí diariamente de tres mil á cuatro mil mujeres á torcer cigarros, para ganar uno de los más exigüos jornales del proletarismo, pues se necesita una destreza excepcional, para ganar en ocho horas treinta céntimos de peseta; familias enteras se dedican á esta faena insuficiente para cubrir las principales necesidades de la vida; pero como es casi raro que en una familia pobre no haya por lo menos una muchacha de hermosura notable, empieza á tener explicación la indeficiencia del jornal.

Efectivamente en el pueblo pobre de Sevilla hay abundancia de beldades, al grado que la salida vespertina de las tres mil cigarreras se verifica entre numerosas filas de curiosos espectadores; y como entre las tres mil cigarreras llevan en la cabeza y en el pecho lo menos tres mil flores naturales, incluso las cigarreras que ni por esas, resulta una procesión de enfloradas que no hay más que pedir. Con la flor entran, con la flor trabajan y salen con la flor.

No es extraño ver una setentona con dos

lindas rosas príncipe Alberto fregando un patio, ni una billetera que le ofrece á V. el premio gordo con un hermoso clavel en el copete; para eso se dán las flores en esta tierra de María Santísima.

Los bailes y los cantos populares son y han sido siempre la acentuación típica de los pueblos. Yo no había oído más que las saetas; conocía al pueblo andaluz por un lado y para conocerlo por el otro, no me conformaba con lo que sabemos por las zarzuelas españolas; me proponía ver lo original.

—Para eso, me dijo mi cicerone, es necesario ir al burrero.

—Y qué es eso!

—Un café cantante donde bailan y cantan; y para quitarme los escrúpulos, me dijo los nombres de visitantes extranjeros distinguidos, entre ellos el Rey de Suecia cuando viajaba de incógnito.

—Así es precisamente como yo viajo siempre, de manera que vamos al burrero.

Se llama así por que el primero que lo

estableció en Sevilla comerciaba en burros.

Es un amplio salón donde en lugar de butacas hay mesas, sillas y cantina. El foro lo ocupan en un estrado de tres lados unos músicos de guitarra y hasta diez y seis muchachas con vestido de percal claro con cola, rico *mantón de Manila*, tápalo de burato Chino bordado, y las flores de reglamento.

Los bailes y cantos son jotas, boleros, tangos y fandangos y peteneras, malagueñas y demás cantos zarzuelescos.

Generalmente bailan una á una para lucir todo el donaire de movimientos, que dejan atrás los de la legítima danza habanera.

Los músicos cantan, las muchachas corean las coplas y llevan el compás con palmas ó tocan las castañuelas.

Los hombres entre copla y copla gritan, con el mismo acento con que desatas can un carro en un lodazal, y azuzan á las muchachas con las frases ¡Olé! ¡Viva la gracia! ¡Vivan las mujeres! ¡Olé! anda Juanita ¡Viva la sal! etc.

El local está coronado por una fila de

palcos á donde acuden de visita las bailadoras para dejarse obsequiar con vino ó refrescos y con propinas para flores.

*
* *

Empezaba la feria y con ella la multitud de regocijos y espectáculos consiguientes. El lugar de la feria empieza en una calle ancha tirada á cordel, que desemboca en el paseo de grandes calzadas pobladas de árboles y de gran extensión. Los faroles del gas colocados en columnas de hierro, cada diez varas y uno enfrente á otro, son enlazados por cañerías de hierro en forma de arco cubierto con luces resguardadas por bombillas blancas. Este techo en forma de bóveda de miles de luces, dan á la calle y al paseo el aspecto más pintoresco que pueda imaginarse; pero al comenzar las arboledas de las calzadas, y en toda su extensión, hay á cada lado una serie de tiendas consecutivas, que cada familia ha preparado para su regalo, mandando conducir

el piano, las cortinas, las alfombras, los sillones y las macetas de la casa. Allí cada familia recibe y obsequia á sus visitas y se improvisa baile de lanceros donde hay piano y de bailes y cantos populares donde solo hay guitarras y castañuelas. Estas tiendas, como fosos de teatro, dan á las calzadas del público pedestre, laterales á la ancha calzada de los carruajes. Sobran pues elementos para pasar alegremente los tres días de la feria y al mexicano no puede menos de hacerle todo aquello la impresión de una zarzuela colosal al aire libre, donde figuran confundidos actores y público.

Pululan las Carmen, las Menegilda, y todos los coros de las zarzuelas españolas que conocemos, todas con flores, desde las damas aristocráticas que ocupan un landeau y llevan en la feria la clásica mantilla blanca, hasta la linda cigarrera que gana quince céntimos.

El pueblo español vive de fiesta y está dispuesto siempre á divertirse. La población vive en la calle, en los cafés y en los espec-

táculos públicos, constantemente concurridos y, no en pocos, la casa llena, como dicen los actores.

Las señoras de la aristocracia van al café, pero en cambio la serie de diversiones y desveladas cotidianas llega á alterar no pocas veces la salud de las jóvenes.

Los cafés son tertulias que suplen á las que cada uno haría en su casa; allí se recibe, se charla, se pagan visitas, se cita, y las señoras aceptan de lleno este género de vida. Entran al café sin necesidad de acompañante, rodean una mesa y se hacen servir, reposan el servicio largas horas hasta después de media noche y *tutti contenti*.

Madrid, Mayo 20 de 1892.

FACUNDO.
